





EL LEVE RESPLANDOR  
DE LA CENIZA



José Juan Pamblanco

EL LEVE RESPLANDOR  
DE LA CENIZA



Primera edición: marzo 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Juan Pamblanco

© Imagen de cubierta: José Juan Pamblanco

ISBN: 978-84-18663-44-4

ISBN digital: 978-84-18663-45-1

Depósito legal: M-8507-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







*Cum subit illius tristissima noctis imago,  
qua mihi supremum tempus in urbe fuit,  
cum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui,  
labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.*

OVIDIO, *Tristia*

*No la sentiu la germanor amb aquests infeliços?  
No ho vulgheu saber lo que han fet: mireu-los només a dintre els ulls:  
vegeu! sou vosaltres mateixos: un home com vosaltres; amb això n'hi ha prou:  
capaç de tot el vostre bé i de tot el vostre mal: com vosaltres del seu.*

JOAN MARAGALL, «La Ciutat del Perdó»  
Artículo para *La Veu de Catalunya* (1909). Censurado

*La Humanidad es mentira, solo el hombre es verdad*

A. ALTOZANOS, «A los esclavos»  
Artículo en *El Productor Literario* (1906)



## Alrededores de Toulouse, julio, 1947

He vuelto a bajar al jardín. Apenas había empezado a clarear y ya estaba descendiendo la escalinata. Es agradable tomar el fresco de la mañana a principios de verano, y más en este viejo case-rón donde han terminado por encontrar acomodo mis doloridos huesos. Algunas casas van adquiriendo personalidad propia con el tiempo, sobre todo las de campo, y esta ha resultado ser amable y acogedora. Su balconada te invita a desayunar apaciblemente, contemplando la campiña que, a estas horas, entre brumas matinales, tiene un aire casi irreal, como en un cuadro en el que las pinceladas sueltas, aparentemente deslavazadas, terminan componiendo un paisaje armónico que inspira serenidad.

Miro a lo lejos y me parece divisar, sobre la línea del horizonte, el azul del mar en la distancia. Pero aquí no hay mar. Solo grandes extensiones de cultivo y masas boscosas de un verde intenso. Incluso juraría que puedo sentir su presencia aunque no lo vea... pero no. De nuevo la nostalgia me juega una mala pasada. Son los veranos de la infancia, en aquella Barcelona que hace ya mucho tiempo que dejó de existir, lo que me viene a la cabeza. Desde aquí no se ve el mar. Ni se siente. En Barcelona lo notas, lo percibes, lo hueles aunque no lo veas. Te impregna esa humedad tan familiar; te envuelve el olor a salitre y el tra-jín del puerto, con las sirenas de los barcos aullando en lamentos profundos, que parecen surgidos desde lo más hondo del alma. Todo suena a mar, desde los muros de las casas hasta las cacerolas donde bulle el sustento de las familias. Pero todo eso se ha transformado en un eco muy lejano.

Tengo la impresión de que han dejado de ser mis propios recuerdos; probablemente son los de alguien que existió hace ya muchos años, alguien a quien no reconozco y que vivió en aquel entonces, cuando los veranos todavía eran sinceros.

Estoy cansado. He dormido mal y, por si fuera poco, la maldita rodilla se encarga de avisarme, una vez más, de que este cielo tan azul se va a trocar en gris a no mucho tardar. Además, me impide andar con naturalidad; no deja de clavarme ese dolor punzante mientras voy camino del bosque. Ese pinchazo ingrato que hace ya tanto tiempo que me acompaña.

Cientos de recuerdos me asaltan... Mirando hacia atrás no veo otra cosa más allá de la furia. No ha quedado nada más en el horizonte. Desde aquella maldita bomba que marcó nuestras vidas para siempre, pasando por tantas batallas perdidas, para terminar sumidos en la humillación y la derrota y, después, esta despiadada guerra que no ha dejado otra cosa que almas errantes y desolación.

Entre los fantasmas que acosan mis sueños emerge, por encima de todos, la figura de Ramón Massip y Junyent, mi padre, el faro al que siempre procuré mirar y que me permitió sobrellevar tantas horas de angustia. Un hombre marcado por el destino más cruel, víctima de los mismos que hoy imponen la insensatez y la barbarie en la que un día fue mi patria. Esa triste España sin ventura.

Y pese a todo, aún quedó espacio para la ternura. Todavía puedo evocar el roce suave de un cabello castaño entre mis manos, el olor a rosas de una piel joven y la bisonería de los cuerpos desnudos, dejándose llevar indiferentes, ajenos a cualquier cosa que pudiera suceder. En realidad no fueron sino intentos desesperados por huir de la muerte. Esa muerte inclemente que nos acechaba a cada paso. Ni siquiera recuerdo ya los rostros, solamente esa efímera sensación de libertad. La constatación de que, al final, por unos momentos, quizá solo por una noche, habíamos triunfado. Una victoria fugaz, pero rotunda. Elena y yo no supimos verlo entonces, pero detrás del goce de los sentidos reinaba la vida. Aquella vida que trataban de arrebatarnos a cada paso.

Y usted, padre, ya no está aquí para que hablemos. A veces me pregunto si las cosas pudieron haber sucedido de otra manera. Supongo que el destino lo tenía todo bien atado. Ni siquiera sabría decir con certeza qué fue lo que valió la pena y lo que no. Pero ahora estoy ya muy cansado para pensar en eso. Me conformo con ver un día más la bruma de las mañanas de verano y con que mi maltrecha rodilla me conceda el respiro suficiente como para poder dar un pequeño paseo campestre. Todavía hoy me siento un poco perdido aunque, en realidad, ya nada importa demasiado. El frescor matutino en este temprano estío del Languedoc es uno de los pocos placeres que aún merece la pena experimentar. Me gustaría aprovechar al máximo la luz resplandeciente de la mañana. Esta luz tan brillante que no huele a mar no va a durar mucho. Mi agorera rodilla no acostumbra a mentir.

Estoy fatigado, hace tiempo que no duermo bien y los demonios del pasado se conjuran para agriar mi retiro. Por fortuna, puedo distraerme contemplando el vuelo de los pájaros u observando cómo los albaricoques del jardín están ya casi a punto para la cosecha. El vecino me lo advirtió hace tiempo:

—*Eh, Victor, vous devez récolter les abricots avant qu'ils ne soient mangés par les oiseaux.*

Me hace gracia esa solidaridad de lo cotidiano. Esa sencillez en las formas después de todo lo que nos ha pasado. La gente quiere olvidar rápido y actuar como si nada hubiese sucedido, como si hubiésemos vivido todos estos años sin otra preocupación que la cosecha de albaricoques. Yo no puedo olvidar. Los recuerdos me visitan cada noche para decirme quién fui, dónde estuve y qué pasó. Son vestigios del pasado que regresan envueltos en soledad y aire tibio de verano. No queda mucho por hacer, más allá de recostarse confortablemente en el jardín, contemplar indolente las aves que vuelan y dejar que pase el tiempo. Los ecos del ayer se presentarán un día más sin haber sido invitados y no me queda más remedio que retomar mi papel de anfitrión paciente.



I

LAS BOMBAS





Barcelona, 7 de mayo, 1896

El inspector Antonio Tresols, *Vinagret*, no se achanta fácilmente. Camina con esa sensación de seguridad que solo poseen los que saben que tienen la sartén por el mango. Su panza satisfecha se enseñoa de las Ramblas y a su paso todas las miradas se desvían. Sabe que los viandantes lo observan, huele el miedo y se siente poderoso. Sus grandes bigotes son como antenas que detectan inmediatamente dónde hay posibilidad de sacar tajada. El purito humeante entre los labios le da ese aire de estar al cabo de todo. Se sabe poderoso y esa certeza le proporciona seguridad y satisfacción. Es casi analfabeto y bien orgulloso que está de ello. Nunca le hizo falta perder el tiempo aprendiendo a juntar letras para llegar donde ha llegado. Es el subinspector jefe de la Policía de Barcelona y nadie conoce mejor que él lo que pasa en la ciudad. Nació en la calle, se crio en la calle y, ahora, cada paso que da ratifica su estatus de superioridad.

Pero el inspector Tresols no está nada acostumbrado a que le griten; normalmente él es quien manda. Hoy la bronca del gobernador ha sido como para no olvidarla. Ha tenido que tragar saliva y aguantarse las ganas de soltar toda su rabia contra ese petimetre resabiado. Él no está habituado a eso, son los demás los que se mean en los pantalones en cuanto alza la voz.

¿Quién se habrá creído que es? Desde el despacho del Gobierno Civil se ve todo muy bonito. A él quisiera verlo ahí en la calle, tratando con esa pandilla de maleantes que se las saben todas. Menos mal que cuando vienen mal dadas siempre queda la posibilidad

de darse una vuelta por el Barrio Chino para olvidar las penas. Y los muslos de Josefa, *La Bilbaína*, son el lugar más indicado para quitarse de la cabeza la cara de imbécil del gobernador. Esa puta del demonio sabe cómo hacer sentirse bien a un hombre y, a cambio, se queda bien tranquila con la seguridad de que ni a ella ni a sus chicas va a venir nadie a molestarlas. Miel sobre hojuelas.

Pero la cara del gobernador Hinojosa no se le va a borrar a Vinagret del pensamiento tan fácilmente. ¿Que la situación es insostenible? ¿Él no es el gobernador?, pues que apechugue con las consecuencias. Bastante bien le va haciendo y deshaciendo a su antojo sin tener que ensuciarse las manos. Esos politicuchos endomingados le ponen enfermo. Y encima se atreve a chillarle a él, al inspector Tresols, a Vinagret, el amo del Paralelo, que lleva toda la vida dejándose la piel para mantener el orden entre una pandilla de mangantes y sinvergüenzas que no merecen ni haber nacido.

Hinojosa ha citado al inspector jefe, Daniel Freixa, y al propio Tresols en su despacho. El gobernador está visiblemente alterado.

—Señores, esto no puede seguir así. Después de lo del Liceo todo parecía indicar que habíamos acabado con ellos y ya ven... al gobernador Larroca hace dos años por poco lo matan y ahora esos anarquistas desalmados siguen por ahí campando a sus anchas como si tal cosa.

—Sí, señor gobernador.

—¿Saben? Tengo al ministro detrás de mí. Esto me puede costar el puesto y si caigo yo, vienen todos detrás. Y ustedes los primeros.

—Lo sabemos, señor gobernador.

—Es que no consigo explicarme qué demonios están haciendo. Ustedes conocen bien los bajos fondos. Saben quiénes son y dónde se reúnen. ¿A qué esperan para encargarse de ellos?

—Estamos investigando, señor gobernador, lo que sucede es que de momento...

—¿Que están investigando? —Hinojosa empieza a salirse de sus casillas—. Me río yo de sus investigaciones. Miren caballeros,

no podemos esperar más. Este asunto se nos ha ido de las manos y tenemos que atajarlo de raíz. Necesito una acción contundente. Me da igual lo que hagan y cómo lo hagan, pero quiero a toda esa ralea de bárbaros sin dios y sin patria entre rejas o bajo tierra. Ustedes encárguense de traérmelos bien amarraditos y ya se ocuparán de ellos el teniente Portas y sus hombres, que esos no se andan con tantos remilgos a la hora de meterlos en cintura.

—Descuide, señor gobernador.

—Freixa, nos jugamos mucho en este asunto. Esos miserables tienen que maldecir el día en que nacieron y pagar por toda la gente de bien a la que han asesinado. Están poniendo en peligro nada menos que la mismísima estabilidad del Gobierno de la nación. En Madrid exigen resultados inmediatamente y, mientras tanto, a cada medida que tomamos, parece que se ríen de nosotros. Fusilas a tres y aparecen diez más. Es de vital importancia atajar el movimiento de raíz. ¿Me comprenden?

—Por supuesto que sí —Vinagret se da ínfulas. Necesita recuperar urgentemente su maltrecha dignidad—. Esos maleantes se van a enterar de cómo se las gasta la Policía de Barcelona. Se lo aseguro.

—Escuchen atentamente: necesitamos un cabeza de turco que nos conduzca a la detención de todos los demás. No podemos repetir los errores que cometimos después de la bomba del Liceo. Cuando ya habían hecho confesar a Codina a base de golpes, van y detienen a Santiago Salvador, que era el verdadero culpable. Al final hubo que ejecutarlos a todos, pero la actuación del gobernador Larroca en ese caso fue una verdadera chapuza. La prensa se rió de nosotros. Hay que hacer las cosas con un poco más de tino. Necesitamos un culpable creíble que arrastre tras de sí a todo el movimiento. Por cierto... Tresols, ¿cómo se llama ese chivato francés, muerto de hambre, que viene por aquí de vez en cuando a contarnos sus historias?

—Ascheri, señor, Tomás Ascheri.

—¿Todavía no le han echado el guante?

—No, señor gobernador. Es un pobre diablo, pero nos resulta útil. Sabe lo que se cuece en los círculos anarquistas y siempre está dispuesto a contarlo todo a cambio de algún favor.

—Pues él debe ser el hilo que nos lleve a desenredar la madeja. Vamos, Tresols, usted es hombre de recursos. Encárguese de que cometa alguna barbaridad que nos permita arrasar la mala hierba. Solo necesitamos una excusa para limpiar Barcelona de anarquistas.

—Sé dónde encontrar a ese tipo y sé cómo hacer lo que usted desea, señor gobernador. —El fiero Vinagret parece ahora un perrito faldero en presencia de la autoridad.

—Nos exigen resultados sea como sea y no contamos con más medios. Señores, toda su carrera pende de un hilo. No me fallen en este asunto.

—No se preocupe, señor gobernador, confíe en nosotros.

—Manténganme informado en todo momento. Espero sus noticias más pronto que tarde. Buenos días, inspectores.

—Buenos días, gobernador.

Freixa y Tresols se despiden circunspectos tras abandonar el despacho. Se conocen desde hace años y aunque Freixa es el inspector jefe, Tresols actúa con total autonomía. Freixa siempre ha confiado en él.

—Ya sabe, Tresols, esta vez hay que actuar rápido y con eficacia. No es ninguna broma.

—Descuide, inspector. Sé perfectamente lo que hay que hacer.

Estúpido arrogante de gobernador. Si no fuese quien es, se las habría tenido que ver con Vinagret. Le hubiera hecho tragarse su discurso y sus salidas de tono. Mal rayo le parta.

Sin embargo, las palabras de Hinojosa no son bravatas. Vinagret lo sabe muy bien. La orden viene de arriba, directamente del Gobierno de Madrid, y es un asunto muy serio. Hay que pasar a la acción inmediatamente. Sus carreras están en juego, pero el inspector Tresols conoce los bajos fondos y sabe exactamente dónde hay que rascar. No vuela una mosca en Barcelona sin que sepa adónde va y de dónde viene. Ahora solo hay que encontrar a la mosca elegida.

Tomás Ascheri es marsellés. Una de esas almas errantes que vaga por las tabernas con la mirada perdida, como si nada fuese con él. La cara picada de viruela y la mala vida le han procurado un aspecto inquietante, al que contribuye mucho esa mirada huidiza que parece estar siempre ocultando algo. Ni muy viejo ni muy joven. Salió siendo casi un crío del seminario para embarcarse como marino mercante, después de eso fue soldado de fortuna en Madagascar, desertor y vagabundo, además de mujeriego, violento y pendenciero. Una gorra mugrienta y la ropa raída completan la estampa de un personaje al que cualquiera procuraría evitar.

Pero hay alguien a quien le urge hablar con él. Y sabe perfectamente dónde puede encontrarlo:

—Hola, Tomasito. Cuánto tiempo sin ver esa cara empedrada.

—*Oh monsieur l'inspecteur, ça va?*, está usted más gordo.

—Y tú más feo y mira que era difícil. ¿Cómo te van las cosas, rufián?

—No me quejo.

—Mientras tengas un vaso de absenta delante, no te quejarás en la vida. Venga, te invito a otro que te veo seco.

—*Merci, monsieur.*

—Déjate de zarandajas y háblame clarito que yo te entienda. Tenemos un asuntillo que tratar tú y yo.

Las absentas llegan enseguida; en la taberna saben perfectamente que a Vinagret no hay que hacerle esperar; si no, se enfada. Entretanto, los ojos de Ascheri han ido adquiriendo un brillo especial, con un cierto toque de ingenuidad, como los del niño a punto de abrir los regalos la mañana de Reyes.

—Y dime, Tomasito: ¿Sigues viendo a tus amigos los anarquistas?

—Aaah, no mucho. Por ahí andan. No los veo mucho, no.

—Oye, bribón, dime la verdad o te meto en el calabozo hasta que se olviden de ti incluso en las tabernas y te juro que no vuelves a ver un vaso de aguardiente en toda tu desgraciada vida.

—Eeh inspector, no se ponga así, hombre. Pues alguna vez me los encuentro. No sé... de vez en cuando.

—Mira, escucha con atención porque lo que te voy a decir es de vital importancia. Necesito que busques a dos o tres de tus camaradas y que preparéis una gorda.

—¿Una gorda?

—Sí hombre, con una orsini de esas que lanzáis vosotros por ahí con tanto ruido y tanto humo. Pero hay que armarla bien gorda, ¿eh? Lo del Liceo tiene que quedar como una broma al lado de esto.

—¿Me está pidiendo que cometa un atentado?

—¿Eres tonto o qué? No te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando.

—Pero usted es de la Policía.

—Pues precisamente por eso. A la Policía hay que obedecerla y ya está. No se pregunta.

—¿Y qué... qué voy a ganar yo con eso? —A Ascheri se le traba cada vez más la lengua tratando de afinar su rudimentario castellano.

—¿Cómo que tú qué ganas? Pues mi protección, hombre. Tú te vas de rositas, me dices quiénes son los otros y a ti no te pasa nada. Además, ya te he dicho que no te lo estoy pidiendo. Es una orden. O eso o no vuelves a ver la luz del sol en tu puñetera vida.

—Bueno, no sé... —El marsellés titubea cada vez más.

—Sí que lo sabes, hombre. Cómo no lo vas a saber. Te pones manos a la obra enseguida. No hace falta que te diga que ni media palabra a nadie de esta charla, ¿eh? Sabes que te juegas el pellejo. Y quiero que me tengas al corriente de todo lo que suceda. Para encontrarte conmigo utiliza los medios habituales y si no... ya haré yo por verte.

—Pero, inspector...

—Hasta luego, Tomasito. Da gusto ver cómo te relames después de un buen trago. Disfrútalo, que yo no ando por ahí invitando a cualquiera.

## Barcelona, 4 de junio, 1896

Antonio Nogués y José Molas están nerviosos, demasiado nerviosos. Barcelona se encuentra en plena ebullición. Hoy es Corpus Christi y los alrededores de la Catedral son un constante ir y venir de autoridades. Circulan por allí religiosos, militares, gente del pueblo... Nogués y Molas tienen una bomba orsini cada uno, convenientemente ocultas a las miradas indiscretas. Desde el balcón en el que se hallan, se divisa bien el barullo incesante frente a la entrada de la Catedral. Sudan, se miran, pero no se hablan. El uno busca amparo en los ojos del otro y solo descubre más temor del que ya de por sí tiene; lo refleja en su mirada y se lo devuelve al camarada, en un diálogo sin palabras que termina acrecentando la enorme desazón que ambos sienten.

Por fin, Molas se decide a romper el silencio:

—¿Por qué no ha venido Ascheri?

—No lo sé, José, pero eso no importa. Tenemos un deber que cumplir y vamos a cumplirlo. Lo demás no debe importarnos —Nogués hace ímprobos esfuerzos por convencer al compañero y convencerse a sí mismo.

—¿Has visto cómo están los alrededores de la Catedral? Parece que a todos los soldados que no están en Cuba los han enviado aquí hoy. Y toda esa gente circulando por la calle... Esto va a ser una carnicería, Antonio.

—Oye, no me vengas con esas ahora. Lo hemos hablado cien veces. Además, tenemos un compromiso con nuestros camaradas caídos. ¿Recuerdas lo que dijo Pallás cuando lo fusilaron?: «La ven-

ganza será terrible». Pues ese es nuestro compromiso, la venganza, y demostrar a esa gentuza opresora de los trabajadores que la razón y la fuerza están de nuestro lado. Nosotros no lo veremos, pero llegará un día...

Nogués interrumpe bruscamente su discurso recién iniciado; el rostro de Molas es la viva imagen del pánico. No está escuchando, solo mira hacia la calle y por debajo de su gorra las gotas de sudor resbalan y caen en su hombro como almas en pena a las puertas del infierno.

—No puedo hacerlo.

Se miran otra vez en silencio. Nogués se ve incapaz de continuar con su arenga. Ninguno de los dos podría discernir el tiempo que han permanecido callados, mirándose. Pero los cánticos piadosos empiezan a resonar con fuerza. La procesión ya ha salido de la Catedral.

—¿Qué hacemos ahora? —Acierta a preguntar Molas.

—Envuelve bien las bombas y vámonos de aquí inmediatamente. Las ocultaremos en algún sitio.



Barcelona, 5 de junio, 1896

Ascheri canturrea frente a un vaso de vino. Le hace requiebros a toda mujer que pase cerca de él en la taberna. Las más amables lo rechazan con un gesto de desprecio. Otras lo insultan directamente haciendo alguna referencia a su desagradable aspecto. Pero él no se inmuta. Continúa canturreando por lo bajini, despreocupado, como si nada ni nadie pudiera perturbar lo más mínimo su confiada felicidad:

*Dame dynamite  
que l'on danse vite  
chantons et buvons  
et dynamitons  
dynamite, dynamite  
dynamitons.*

La sonrisilla pérfida, azuzada por los vapores del alcohol, adquiere un aspecto aún más inquietante. Antonio Nogués acaba de entrar en la taberna. Tomás Ascheri ni se ha enterado. El catalán pide una copa de aguardiente y toma asiento en la mesa del marsellés. Cuando Ascheri levanta su mirada perdida y lo ve frente a él, la expresión de su rostro cambia repentinamente. Ese semblante feroz hiela la sangre en las venas del joven anarquista barcelonés.

—¿Qué haces tú aquí? *Lâche du diable.*

—Escucha Tomás, no pudimos hacerlo —Nogués trata de sobreponerse—. Hubiese sido una auténtica carnicería.

—Pues de eso se trataba, *espèce de con*, de hacer una carnicería.  
—Ascheri se irrita cada vez más.

—Calla loco, ¿quieres que se entere todo el mundo?

—Y no tenías nada mejor que hacer con las bombas que esconderlas en la calle Fivaller. Maldito estúpido.

—¿Y qué querías que hiciéramos? No podíamos llevarlas con nosotros.

—Pues ya podíais haber buscado un escondite mejor, *merde*. Un basurero las encontró anoche y ya están en poder de la Policía. No servís para nada —Ascheri continúa alterándose—. Han empezado los registros, menos mal que a mí no van a molestarme.

—Baja la voz, por favor —Nogués está asustado. Siente que toda la responsabilidad recae sobre su cabeza. Se considera culpable sin ni siquiera haber llegado a cometer ninguna fechoría.

—No quiero ver más tu cara de gallina. ¿Sabes? Aún tengo el petardo y con muchos menos preámbulos voy a hacer más ruido del que haréis vosotros en toda vuestra miserable vida.

—Tomás yo no quiero que...

—¡Vete, cobarde!, no te necesito. Yo sí sé lo que hay que hacer y, además, tengo los arrestos necesarios para hacerlo. ¿Te enteras?

Barcelona, 7 de junio, 1896

Es domingo. El centro de Carreteros de la calle de Jupí es un hervidero de proclamas, discursos encendidos y discusiones acaloradas. Pero hay que llevar cuidado. El asunto de las bombas halladas en la calle Fivaller sigue coleando. Todos están sobre aviso.

Ramón Massip es sobrio en sus propuestas, pero firme. Mide las palabras con esa seguridad que solo posee el que ha reflexionado mucho antes de convertir sus pensamientos en alegato. Es maestro de escuela; nació en el seno de una familia acomodada, pero desde muy joven sintió que no podía permanecer indiferente ante las injusticias y la miseria que encontraba a su paso diariamente. Demasiadas cosas funcionando mal para quedarse parado, mirando y lamentándose. La educación y la cultura son sus armas y el anarquismo, la causa a través de la cual se puede transformar la sociedad. Viste como sus compañeros obreros; pasa desapercibido entre ellos, hasta el momento en que se decide a entrar en el combate dialéctico. Hoy discute con un curtido camarada, partidario de la propaganda por la acción, acerca de la violencia como instrumento político:

—Ramón, desengáñate, la única manera de conseguir la plena libertad personal es por medio de la destrucción total del gobierno organizado y del sistema social y económico imperante. Las asociaciones libres colectivas de obreros, confederadas a escala regional, nacional e internacional, sustituirán a la autoridad jerárquica y a la propiedad privada. Y eso no se consigue solamente con palabras bonitas.

—¿Pero no comprendes que por medio de la violencia nunca vamos a alcanzar nuestros objetivos? Esa violencia se vuelve siempre contra nosotros a través de la represión de las autoridades. Estamos hartos de verlo. Además, deslegitima nuestra lucha desde un punto de vista moral.

—¿Hablas de moral?, pues escucha: la violencia revolucionaria posee una cualidad profundamente moral, porque dramatiza la opresión social, muestra el compromiso y el sacrificio personal de nuestros camaradas y adelanta el día de la revolución.

Massip no puede dejar de pensar que sus palabras no hacen sino estrellarse contra una pared y rebotar sin hacer mella, como una pelota en el frontón. Está tratando de buscar argumentos más contundentes cuando un anarquista enjuto, de pelo lacio y barba incipiente, hace su aparición sudoroso en el centro de Carreteros.

—Ese *malparit* de Ascheri nos la va a jugar. Su imprudencia nos costará cara.

—Hay que evitarlo.

—Es tarde ya.

—¿Qué estás diciendo?

—Esta noche, en la procesión de La Barceloneta. Ese maldito francés va a matar a media Barcelona y lo peor es que, sin tener nada que ver en el asunto, lo vamos a pagar muy caro.

—¿Dónde está? Tenemos que impedirlo.

—No lo sé. Es tarde ya.

Ascheri camina impertérrito, calle arriba, con el paquete envuelto en papel de periódico bajo el brazo. Los andares desgarrados acentúan su incómoda figura, que va adquiriendo tintes siniestros cuando se funde con las sombras de la calle. Parece abstraído de todo, con esa mirada huidiza que la gente rehúye de puro desagradable, mientras sigue mascullando entre dientes: *dynamite, dynamite, dynamitons*. Se ha citado con Francisco Callís en el teatro Gran Vía, desde allí acudirán juntos a la procesión. Pero Callís no aparece. Ya han sonado las campanadas de las ocho y el compinche continúa sin dar señales de vida.

—*Maudits espagnols, ils sont tous pareils.*

Pues lo hará él solo. No necesita a nadie. Se van a enterar todos de quién es Tomás Ascheri. Y además cuenta con protección policial; nadie se atreverá a molestarlo. Todos esos bastardos van a terminar en los calabozos de Montjuïc y, entretanto, él se irá de vinos por las tabernas y los domingos seguirá paseando por el puerto con Francisca cogida de su brazo, mientras se ríen del mundo.

Ya ha llegado a la calle de Cambios Nuevos. En la confluencia con el callejón de Arenas de Cambios encontró una miserable pensión con un balcón ideal para vigilar la procesión cuando baje, ya de retirada, camino de Santa María del Mar. Lo bueno de tener tantos contactos es que uno casi siempre acaba encontrando lo que busca, por un lado o por otro. Lo malo es que todos terminan por conocerte demasiado bien y eso puede volverse en tu contra. Pero Ascheri aún no lo sabe.

Sube al cuartucho y abre el balcón. La calle está atestada de gente. El bullicio asciende desde la acera como un murmullo continuo que acaba por resultar molesto.

—Se van a callar muy pronto —piensa.

No toma demasiadas precauciones. No hace falta. Se limita a dejar la bomba en el suelo, bien envuelta en papel de periódico para que nadie pueda verla. La procesión comienza a discurrir bajo el balcón en su lento camino hacia la iglesia, encabezada por las autoridades. El obispo porta la cruz y el capitán general le sigue, caminando detrás de los sacerdotes, con gesto de fingida solemnidad.

Ascheri los contempla desde arriba con una mezcla de sorna y escepticismo. Se siente superior. Se sabe invulnerable. Enciende un cigarrillo y comienza a darle caladas profundas, expulsando el humo muy lentamente, mientras intenta dibujar una especie de «o» con los labios, tratando de fabricar anillos de humo sin llegar a conseguirlo.

La cabecera de la procesión ha pasado de largo, se acerca ya a la entrada de la parroquia de Santa María del Mar, la vieja iglesia

de los marineros. Ahora, por debajo del balcón, discurre el resto de la comitiva: niñas de primera comunión y mujeres, con cirios encendidos, cantando himnos piadosos. La procesión avanza lenta; vista desde lo alto se asemeja a un reguero de insectos diminutos adaptando su paso a la estrechez de las callejuelas. Ocupa todo el espacio entre las casas, casi fundiéndose con el público que se agolpa, apretujado, a ambos lados de la calle, tratando de no perderse detalle. Soportan el calor como una prueba de fe. Y las niñas de blanco parecen damitas inmaculadas, novias en miniatura que alegran la vista y hacen suspirar a las viejas, envueltas en una ilusión tan irreal como comfortable. Desde arriba todos parecen lo mismo, una masa sin rostro, sin alma y casi sin forma.

Desenvuelve con cuidado el paquete y, lentamente, acerca el cigarro a la mecha. Una columna blanquecina de humo asciende buscando algo de luz en el ocaso.

*Tantum ergo Sacraméntum,  
Venerémur cernui:  
Et antiquum documentum  
Novo cedat rítui;  
Præstet fides suppleméntum  
Sénsuum deféctui.  
Genitori Genitóque,  
Laus et inbilátio;  
Salus, honor, virtus quoque,  
Sit et benedíctio;  
Procedénti ab utróque  
Compar sit laudátio.  
Amen.*

La tarde va cayendo. Las últimas luces del día ofrecen un tono dorado a los muros de los edificios que parecen formar parte de un decorado puesto allí expresamente para dar más realce al desfile. Los cánticos de la liturgia se van alejando, reemplazados por el jolgorio de la muchedumbre que ríe, canta, jalea y habla a voz en grito.

Nadie pareció advertirlo pero, por un instante, se ha hecho un enorme silencio. Las bocas seguían abiertas, escupiendo, una tras otra, frases y vítores que ninguno de los presentes era capaz de entender. La música continuaba sonando pero ya no se escuchaba. De repente da la impresión de que el tiempo se ha detenido. Solo ha quedado en el aire la silueta de una gaviota enorme sobrevolando la escena. Cualquiera hubiera podido pensar que se estaba riendo con su carcajada de vieja alcahueta, pero en realidad nadie la oyó. Bajo su atenta mirada hay un artefacto en el suelo con la mecha humeante. Y, de pronto, un estrépito ensordecedor. El humo denso que lo ciega todo. Gritos, carreras, atropellos. Cuerpos tendidos sobre los adoquines y la sangre tiñendo el suelo de un rojo intenso.

¿Qué ha pasado? Nadie entiende nada. La gente corre enloquecida calle arriba y calle abajo, sin saber qué hacer ni dónde ir. Cegados por el humo y el pánico tropiezan unos con otros, caen sobre el suelo y vuelven a levantarse para continuar con su enfebrecida carrera. Se empujan, se pisotean. Curas y seglares se entremezclan con los soldados, atónitos, que no saben dónde acudir primero. Algunos heridos se revuelcan por el suelo entre alaridos de dolor. Otros corren ensangrentados sin sentir el daño recibido. «¡Malditos! ¡Malditos!», se escucha entre la confusión. Miles de cristales rotos brillan a la luz de los hachones. Botas, jirones de ropa manchada de sangre, sillas destrozadas, cientos de objetos abandonados en la desesperada huida. Según aumenta la oscuridad va siendo mayor el desconcierto. Los soldados comienzan a trasladar heridos, de la mejor manera que pueden, a la Casa de Socorro cercana.

Antonio Rovira, oficial del ejército, trata infructuosamente de ayudar. Está abrumado, no sabe qué hacer ni por dónde empezar. De pronto, en medio de la confusión reinante, mientras las madres gritan desesperadamente buscando a sus hijos, observa en el suelo el cuerpo de una niña tendido sobre los adoquines. No tendrá más de seis años y se retuerce de dolor. El oficial la recoge y, ayudado por un paisano, se dirige a toda prisa hacia la Casa de

Socorro. La niña se queja amargamente mientras el militar siente la sangre caliente manchándole las manos. Dos hermanas de la pequeña les siguen en su amarga carrera, llorando angustiadas. De pronto, tropieza con uno de los cadáveres tendidos en el suelo y cae con la niña en brazos. Se levanta como puede, tratando de proteger el cuerpo de la pequeña y continúa su camino lo más rápido que sus piernas le permiten. A punto de llegar al centro sanitario, casi exhausto, la niña emite un profundo lamento que se apaga de inmediato, mientras su cabecita resta inerte sobre los brazos del oficial. Cuando por fin alcanza su destino ya es demasiado tarde. Solo puede depositar el cadáver entre dos sillas y quedarse quieto contemplando la belleza rota. Rovira vuelve a salir a la calle. Necesita aire. Mira el cielo, casi lúgubre de tan oscuro, y llora desconsoladamente.

La noche ha caído y los ecos de la tragedia se extienden por la ciudad. La noticia ha corrido como la pólvora por toda Barcelona. La población está conmocionada y ya nadie habla de otra cosa. La calle queda custodiada por guardias civiles a caballo y fuerzas de la policía y guardia municipal a pie. Esa misma madrugada empiezan a producirse las primeras detenciones. Cualquier sospechoso de simpatizar con las ideas anarquistas o de haber tenido la más mínima relación con el movimiento ácrata corre serio peligro. La siniestra maquinaria represora comienza a ponerse en marcha de forma implacable.